

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LA TORMENTA DE ARENA

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: agosto de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2018
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-932-3
Depósito legal: M-19059-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





1

No veo nada.

Todo a mi alrededor está borroso.

Una niebla de color naranja envuelve el pueblo.

Hace muchísimo calor.

Casi no puedo respirar.

Noto la ropa pegada a la piel.

Sé que estoy en medio de un campo de fútbol porque hace unos minutos se veían las líneas blancas.

Ahora, ni siquiera eso.

Apenas puedo distinguir a mis compañeros.

Las porterías y los banquillos son solamente una imagen borrosa entre las partículas anaranjadas.

De pronto, escucho una voz:

–¡Pakete, pasa el balón!

Pakete soy yo.

En realidad me llamo Francisco, o Paco, pero todos me llaman Pakete desde que fallé cinco penaltis seguidos.

Por si fuera poco, ahora llevo todo el año sin marcar un gol.

Exactamente, 252 días.

Desde la Navidad pasada.

Y hoy es 23 de agosto.

Un desastre total.

–¡Pasa de una vez, Pakete!

El que grita es Toni, el máximo goleador de mi equipo.

Estamos en mitad de un partido muy importante y casi no queda tiempo.

Entonces caigo en la cuenta.

¡El balón está justo delante de mí!

Todas las luces del campo están encendidas, pero aun así no se ve casi nada.

Por culpa de esa especie de niebla de arena.

Doy un paso hacia el balón, con cuidado de no caerme.

Toco la pelota con el pie derecho.

Levanto la vista.

–¿Dónde? –pregunto.

–¡Aquí! –responde Toni.

Vislumbro su figura cerca del área rival.

Golpeo el balón.

Y corro detrás.

–¡Árbitro, detén el partido! –grita alguien desde la grada.

–¡No se ve nada! –protesta otro espectador.

–¡Hay que suspender el encuentro!

–¡Esto es un tongo!

Distingo a duras penas al árbitro entre esa especie de niebla.

Lleva una camiseta amarilla brillante.

Parece muy nervioso.

Ignora los gritos de protesta y hace sonar el silbato.

Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

–¡Sigán jugando! –ordena.

Es una locura.

Casi no se ve.

Pero hay que continuar con el partido.

Avanzo con las manos por delante.

Descubro que Toni está corriendo en círculos, desesperado.

–¡El balón no está por ninguna parte, no lo veo! –exclama.

–¡Creo que está en el pico del área! –avisa Marilyn, nuestra lateral izquierda.

–No, no –le corrige Ocho desde el lateral derecho–. Ha salido rebotado hacia el otro extremo.

Lo nunca visto: un partido de fútbol en el que nadie sabe dónde está el balón.

—¡Ya voy! —grito, corriendo a toda velocidad.

Tengo que recuperar el balón.

Aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

El partido está a punto de acabar.

Hay que marcar como sea.

Es muy importante.

Nos jugamos mucho.

Y casi no queda tiempo.

Y...

¡CATACLONC!



¡Choco contra una jugadora rival y me caigo al suelo de culo!

–Perdón –me disculpo–, no te he visto.

–Non ti preoccupare –dice ella.

Ahora puedo ver de quién se trata.

Es la capitana del equipo rival.

Fabrizia.

Es italiana.

Lleva el número 10.

Lo hace todo bien: regatea, corre muchísimo y mete un montón de goles.

Todos la conocen por su apodo: la Tempesta Fabrizia.



Que significa «la Tormenta Fabrizia».

La llaman así porque juega como una tempestad, como un vendaval.

Es imparable.

En cuanto te descuidas, te pasa por encima.

Aunque ahora he sido yo el que la ha empujado.

–¿Te has hecho daño? –pregunto.

Ella me sonríe.

Tiene una sonrisa preciosa, la verdad.

Lleva siempre el pelo revuelto, como si estuviera despeinada, pero le queda genial.

Alarga la mano para que la ayude a levantarse.

Tiro de ella con fuerza.

En cuanto estamos los dos en pie, murmura algo en italiano:

–Perdente.

–¿Qué? –pregunto sin entender.

–Perdedor –traduce ella misma.

Y sin más explicaciones...

¡Me pega un empujón con las dos manos!

Vuelvo a caer de culo.

–¡Árbitro, me ha empujado! –protesto desde el suelo.

Por supuesto, el árbitro no ha visto nada.

Ni él ni nadie.

Es totalmente imposible ver una falta en medio de esta niebla.

Fabrizia sale disparada.

En ese momento me doy cuenta.

¡Tiene el balón en sus pies!

¡Lo tenía ella en todo momento!

¡Y yo no me había dado cuenta!

Ahora sí hace honor a su apodo.

¡La Tormenta Fabrizia corre con el balón hacia nuestro campo!

Atravesando a toda velocidad la niebla de partículas anaranjadas.

Se escuchan murmullos y aplausos y gritos en la grada.

–¡Pakete, levanta!

–¡Que se escapa!

Desde mi posición veo a Fabrizia alejándose hacia nuestra portería.

Cada vez me cuesta más distinguirla.

Creo que acaba de regatear a Tomeo, nuestro defensa central.

Pero no estoy seguro.

Ya he dicho que casi no se ve.

Alguien se acerca y me da la mano.

Es Helena con hache.

La mejor jugadora de mi equipo.

Incluso a través de la nube puedo ver sus enormes ojos.

–¡Vamos a por ella! –me dice convencida.

Cuando Helena dice algo, siempre le hago caso.

–¡Vamos! –digo poniéndome en marcha.
Echamos los dos a correr.
En medio de aquella tormenta de polvo y arena.
Sin soltarnos de la mano.
No creo que lleguemos a tiempo.
Pero tenemos que intentarlo.

